

LIBROS CON RECETA

Un texto de:
José Luis Pecker

No parece el momento más oportuno para exponer esta idea, sabiendo que en torno de Seguridad Social aumentan los rumores de dificultades sin cuento y se estremecen los actuales beneficiarios con la amenaza de que, en un futuro próximo, perderán los derechos conquistados para la adquisición de medicinas a un precio asequible. Sin embargo, una elemental reflexión sobre el tiempo enfermo —«tiempo muerto» lo llaman quienes, injustamente, consideran la recuperación del paciente como un ocio añadido al período descanso de las vacaciones— conduce a realizar la misión del libro, que puede ayudar, según los casos, a recuperar sonrisas, a reflexionar en paz, a fortalecer voluntades o a sugerir ejemplos.

La visita más considerada a las habitaciones numeradas de los «centros de dolor» aporta presentes de dudoso provecho. Así, las socorridas pastas, bombones y caramelos —al tiempo que suenan a viejo pregón en el descanso de los cines— deberían contar con el consentimiento del doctor que atiende al enfermo o con la concordancia dietética mínimamente estudiada. Las flores, presente distante y a veces abrumador, suelen retirarse cada noche de las habitaciones por prescripción facultativa. El libro, en cambio, no supone rechazo alguno. Y aún menos si se elige el volumen cuando somos sabedores de las preferencias del enfermo o bien hemos consultado previamente con el galeno sobre los temas capaces de estimular su restablecimiento. Se me dirá que distraen más e inquietan menos los reportajes de actualidad con poco texto y mucha fotografía. Queda claro que uno de los eslógenes más inteligentes y duraderos que hemos conocido, por todo lo que callaba y dejaba adivinar a un tiempo, «*Digase lo con flores*», resucitó la emoción por el color en los ojos convalecientes. El mensaje, extensible a la variada oferta de publicaciones que nos escoltan desde los quioscos, no precisó del miserable plagio «Cuénteselo con revistas». Resulta evidente que el color, en mayores dosis por supuesto, puede resultar beneficioso o desagradable para el doliente. Hasta el punto de que, en determinados hospitales extranjeros, cuidan que los aquejados de dolencias concretas ocupen habitaciones donde la

terapéutica ha ordenado la paleta de la brocha gorda sobre las paredes.

Entre tanto experimento para crear eficacia curativa, apenas se repara en la ayuda que puede aportar el libro a las horas perdidas, vacías e incómodas que invaden el postoperatorio —por regla general, actualmente, tan breve—, la recuperación y la convalecencia. Su paz no podrá compararse con el acuciamiento de la televisión, tan exigente en horarios y en monedas que mantienen el receptor encendido; jamás pondrá dolores nuevos en la cabeza como suelen añadir los visitantes parteros. El libro aguardará silente, cual Calderón de la Barca lo describe.

Discreto amigo es un libro: / ¡Qué a propósito que habla / siempre en lo que quiero yo! / ¡Y qué a propósito calla / siempre en lo que yo no quiero, / sin que puntoso me haga / cargo de por qué lo elijo / o por qué le dejo / Blanda su condición, tanto que / se deja buscar si agrada / y con el mismo semblante / se deja dejar, si cansa.

Al tiempo que se ha conseguido reducir considerablemente la tremenda lacra del analfabetismo, bueno sería orientar la lectura de quienes atraviesan por cualquier motivo los grandes valles del tiempo. Debieran aprovecharse el sosiego y también el dolor. Una sola frase, una descripción o un capítulo pueden equivaler a esa mano fría que alivia la frente. Tengo presentes a familiares enfermos para quienes he leído fragmentos del libro amigo que guardaba en la mesilla; y a aquel compañero que, operado de desprendimiento de retina, aguardaba impaciente los minutos de lectura que podía dedicarle. Jamás nos despedíamos con palabras: apretaba mi mano cuando consideraba que otro quehacer me urgía; y abandonaba sin hacer ruido la habitación, dejando en su recuerdo finalmente los versos de un poeta nuevo cada tarde.

Cierto día hallé la frase que resume el gran bien que a los enfermos debe hacerse: «La lectura es el viaje de los que no pueden tomar el tren».

Cartas al director

Sobre el origen del ex-libris

Los pioneros en la investigación de cada país mantienen posturas abiertas y no conclusas sobre este fenómeno hasta hoy mismo. Pero estamos seguros que sobre este origen hay que traspasar la barrera del tiempo conocido en la Historia oficial.

Hay marcas de propiedad de cultura impresa, más atrás en el tiempo desde Gutenberg que desde el mismo hacia ahora. Asurbanipal, siete siglos antes de Jesucristo, tenía su propia marca sobre tablillas de barro, pero en el tiempo conocido históricamente se ha de ir más atrás buscando el origen de nuestra afición (pasión). Aménofis III (1.400 años A.C.) también tenía «sus grabaditos» en los papiros de su propiedad; incluso está expuesto en el Museo Británico de Londres no en un papiro, sino en una loseta de barro esmaltado en

azul claro con sus signos personales inscritos.

Al parecer, lo que sí es definitivo es que la cuna del ex-libris es digamos *noble* y que no adquiera talante artístico hasta el medioevo y no proliferando en verdad hasta el siglo XVIII. **Juan Miguel Madrid.**

José Carbonero Moreno

Para el lector que pedía información, unos datos mínimos sobre Moreno Carbonero: nació en Málaga en 1860. Pensionado por la Diputación, estudió en Roma. A su regreso hizo numerosas composiciones: «El príncipe de Viana», «Los gladiadores después del combate»... Se distinguió como retratista de la Corte y los temas que más fama le dieron fueron las ilustraciones de «El Quijote» y «Gil Blas de Santillana». Murió en Madrid en 1942.

Omisión

Seguidora incondicional de su (nuestra) revista, quisiera añadieran a la magnífica información sobre «Los libros de la Ilustración» la exposición realizada en el Jardín Botánico de Madrid, que tuvo a tres personas que merecen ser citadas: Jaime Sosa y Llorca, Alberto Gomis Blanco y Francisco Pelayo López. Formaban parte

del Comité Organizador y realizaron un gran trabajo de documentación. Y se advierte que Alberto Gomis ha crecido entre libros, al calor de las estanterías repletas de libros de su padre, don Angel Gomis, librero de los de siempre en Madrid. **Araceli Fernández. Madrid.**